

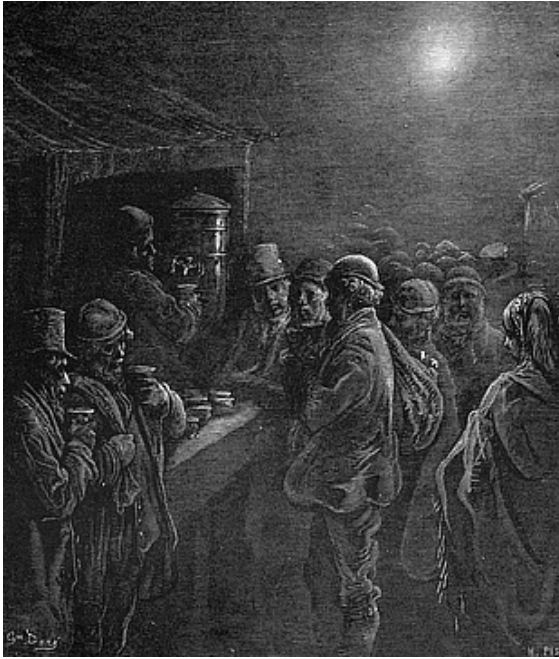
A mis amigas y amigos de CC. OO.

Salamanca, 10 de marzo de 2007

Casi de forma obligada este cariñoso festejo con el que me obsequiáis y el hecho de encontrarme con la grata compañía de viejos amigos, nos lleva a unos y a otros a hacer un buen uso de la memoria. Por mi parte, antes que nada, quiero reconocer una deuda importante con la vida sindical, con mi experiencia en el seno de Comisiones Obreras: el aprendizaje de una cultura y de formas de relación muy ricas, muy diferentes a las que el simple ejercicio de la profesión, el ámbito del trabajo, generalmente puede aportar. En el sindicato practiqué y aprendí todo un saber para la comunicación organizada, el debate, la imprescindible intendencia para la acción pública, el análisis colectivo de situaciones, la sana disposición que lleva a desarrollar muchas y diferentes tareas sin la lógica de un orden jerárquico en su distribución. Habilidades, sin duda, nada despreciables y que están totalmente ausentes en otras instituciones. Aprendí, así mismo, que esas habilidades, bien puestas en juego, han demostrado con harta frecuencia la capacidad y eficacia de los grupos cuando se mueven con voluntad militante, cuando no escindimos demasiado el querer del poder. Todo un antídoto contra la resignación que me ha sido útil y no quiero olvidar.



Pero muy especialmente entre vosotros y vosotras cultivé el valor constituyente de la amistad, las formas placenteras de fundir la necesidad societaria con el placer de sentirse en compañía, de construir un *hábito* cotidiano dependiente de las relaciones de camaradería que a su vez se acaba convirtiendo en *necesidad*. Marx expresaba con fino olfato ese fenómeno para otros tiempos del movimiento obrero:



«Cuando se reúnen los artesanos comunistas, su objeto es por de pronto la doctrina, la propaganda, etc. Pero, al mismo tiempo, al reunirse les nace una nueva necesidad, la necesidad de comunidad, y de este modo lo que parece ser un medio se les convierte en un fin. Se puede contemplar los resultados más espléndidos en ese movimiento práctico viendo una reunión de *ouvriers* franceses. El fumar, el beber, el comer, etc., no son

ya más que medios de unión o medio unificador. Les basta ya con una compañía, una asociación, un entretenimiento que tienen, en realidad, por fin la compañía misma. Entre ellos la fraternidad de los hombres no es palabrería, sino verdad, y desde estas figuras endurecidas por el trabajo nos ilumina la nobleza de la humanidad».



Yo lamento haber desviado un tanto la noble tradición del descanso y la taberna de *les ouvriers* en prácticas menos presentables para una memoria heroica: por la Gran Vía de Salamanca y sus callejones, por Valladolid, por Madrid, ... Pero momentos, después de

todo, llenos de amistad y conversación, rutinas de fraternidad, conocimiento, en fin, extraacadémico y extraburocrático. Escuela sindical nocturna.

La otra experiencia de larga duración hasta el día que me jubilé ha sido la profesional, la de la escuela. Distante y cercana a un tiempo con la vivida en el sindicato. Las circunstancias en que ambas culturas se tocan, se miran frente a frente y se entremezclan, se ven obligadas a compartir un lenguaje y una acción, son excepcionales. Muchos recordaréis la huelga de la enseñanza de 1988. ¡Cuánto aprendí y qué deprisa! De los compañeros que dirigían el sindicato, de los que compartíamos la movilización en Salamanca y de aquella actividad frenética donde finalmente confluían la pasión de los sindicalistas y de los trabajadores de la enseñanza. La factura del aprendizaje fue una alopecia en la nuca por la tensión mantenida. Cuando llegó nuestro triunfo y vino la calma me volvió a crecer el pelo. La compensación materializable: un capital sindical acumulado con el que, más tarde, se conseguiría (entre otras cosas) la *gloriosa* jubilación anticipada a los sesenta años. Algunos ya la disfrutamos y deseo fervientemente que la posibilidad del beneficio os alcance a todos.

Julio Mateos